

JUAN MANUEL TORREA

Nació en Ciudad Victoria, Tamaulipas, el 14 de enero de 1874. Murió en Tacubaya, D. F., en 1960.

General, historiador y periodista. Ocupó por varios años la Dirección del Archivo Histórico de la Secretaría de Relaciones Exteriores, así como la presidencia de la Academia Nacional de Geografía e Historia, la que fundó y mantuvo con enorme entusiasmo.

Escribió varias obras: *Vida de una institución gloriosa. El Colegio militar; Las banderas históricas del Museo Nacional* (1933); *La lealtad en el Ejército Mexicano. Apuntes para la historia* (1939); *La Decena Trágica. Apuntes para la Historia del Ejército Mexicano. La asonada militar de 1913* (1939); *Las virtudes del guerrero mexicano entre el pasado y entre los muertos* (1924); *Algunos aspectos de la vida militar y diplomática del General Don Vicente Riva Palacio* (1937); *A cien años de la epopeya; rendido homenaje a los héroes* (1947); *Alteza del soldado raso* (1941); *Apuntes de geografía e historia militares* (1924); *El General Pedro José Méndez, guerrillero de guerrilleros* (1935); *Homenaje a un viejo soldado republicano. Aniversario del hecho glorioso de San Pedro, 22 de diciembre 1864-1927; La Independencia de México. Sus períodos y los errores y aciertos de sus caudillos* (1945); *Sóstenes Rocha, el general más mexicano y más popular del siglo XIX* (1941); así como numerosos artículos, en el BSMGE y en las *Memorias de la Academia Nacional de Historia y Geografía*.

Fuente: Juan Manuel Torrea. *La vida de una institución gloriosa. El Colegio Militar, 1821-1930. Apuntes, resúmenes y apreciaciones*. México, Tip. Centenario, 1931. 190 p. p. 43-50.

LOS CADETES DE CHAPULTEPEC

Después del rechazo que sufrieron las columnas norteamericanas al atacar el Molino del Rey, en cuya brillante acción de armas se batieron heroicamente los batallones comandados por el general León y el coronel Balderas; cuando poseídos de asombro y con legítima vergüenza, nuestros militares que sabían del honor y del patriotismo, presenciaban el hecho in-calificable de actitud espectante de los 4,000 hombres a las órdenes del general Juan Alvarez, quien tuvo en sus manos y en aquel momento la cabal derrota de los invasores. Una

vez que nuestras tropas volvieron a sus puestos, porque no se supo hacer la persecución, el general Scott comenzó a tratar sobre los preparativos de ataque a los últimos reductos ocupados por los mexicanos.

El general norteamericano, contra el parecer de sus más entendidos oficiales, decidió al fin atacar Chapultepec, antes que las Garitas, punto en verdad que no tenía la importancia militar que quisieron concederle algunos de los oficiales de la columna invasora.

Son bien conocidas, tanto la resistencia de su construcción, como lo elemental de las obras que se habían podido improvisar alrededor y en el bosque, bajo la dirección competente y patriótica del general Monterde, quien a su vez asumía la dirección del Colegio Militar y cuyo mando en jefe del punto le fue conferido al veterano y glorioso general don Nicolás Bravo.

El día 12 emprendieron los norteamericanos el ataque preliminar y durante doce horas, según se desprende de los partes de los generales y de las informaciones de los historiógrafos, las abnegadas y sufridas tropas nuestras resistieron los ataques continuados de las columnas enemigas, sin que el general mexicano tomara ya una determinación de contraataque o ya alguna de concentración para auxiliar a las tropas. Son conocidas las torpes determinaciones del general comandante; siempre se distinguió por su terquedad para atender los detalles, sin saber cubrir necesidad alguna; por sus desacertadas órdenes y contraórdenes; por aquella determinación indebida, sin conocimiento del comandante del punto y contraria a sus peticiones justas, de haber retirado tropas que hacían una falta completa en el vivac de alarma establecido en Chapultepec, y a última hora, la misión de sacrificio impuesta al Batallón de San Blas y a su bravo coronel, el inmensamente grande y singularmente patriota Xicotécatl.

Es sabido que al siguiente día 13, las tropas americanas emprendieron el asalto al Castillo y no obstante que las fortificaciones, en su mayor parte, estaban demolidas, y de haberse reducido nuestros efectivos por numerosas bajas, ocasionadas por una desertión significativa y bochornosa, entre los elementos defensores del Bosque, sin embargo, las tropas que quedaron en sus puestos supieron resistir valientemente las embestidas que con feroz decisión llevaron a cabo las columnas de los generales Pillow y Quittman hasta el último punto de nuestra resistencia, que allá en la cima del cerro, en su pro-

pio alojamiento militar, supieron hacer los alumnos del Colegio, marcando con este hecho inmortal el sendero del deber y del patriotismo, único que deben seguir los educandos que integren las sucesivas antigüedades.

Los partes de los generales ratifican lo que dicen los historiadores de entonces y es, que durante los ataques a Chapultepec, el enemigo perdió entre la quinta y la sexta parte de su efectivo; muertos, heridos y dispersos, lo que comprueba que hubo buenos mexicanos que supieron oponer armas y su pecho antes que permitir el paso franco a las columnas invasoras. De algunos partes de los generales americanos se desprende que tuvieron las siguientes bajas: Muertos, tres jefes, y tres oficiales, y heridos cuatro jefes y treinta y siete oficiales. La herida sufrida por el general Pillow puso en peligro de retirada y quizás de la derrota a la columna, que a sus órdenes ascendía al cerro. Fueron oportunos los auxilios enviados por el general Worth a la columna del general Pillow, cuando se dio cuenta del poderoso obstáculo que le presentaban los nuestros, para verificar su ascenso hasta la cumbre del Chapulín.

Por supuesto, en sus informaciones, el general Pillow nada dice del serio conflicto en que se vieron sus tropas, tanto al iniciar el ascenso, cuanto al marchar sobre las pendientes y menos aún quiere recordar el apremiante auxilio que pidió al general Worth. Pero el general Scott y el general Worth sí relatan los hechos marcando el caso muy comprometido en que se vieron los elementos de aquella columna de ataque. Leyendo los partes de los generales americanos, se puede dar perfecta cuenta, tanto de las inexactitudes que los distinguen, cuanto de sus comisiones bien señaladas, que naturalmente no llevan otro fin que apocar más de lo que merecen, al mando nuestro y a algunos de los generales, que se significaron por su torpeza y por su falta de aptitud militar.

Los alumnos del Colegio Militar habían recibido autorización para retirarse a sus alojamientos; el general Santa Anna ordenó la disolución del Colegio en los últimos momentos de su mando desacertado; pero los alumnos, sin discutir esa autorización, decidieron quedarse en su Colegio y defenderlo; bien lo sabían que en actitud de sacrificio, ya que deben haberse dado perfecta cuenta de que con generales como los que hasta entonces habían tenido los mandos eminentes, no se podía creer en el éxito más modesto. La política ya franca y con recios raigambres metida en el Ejército, no había tomado para nada en cuenta las necesidades patrias, ni el mérito, ni la

virtud de los generales y así habían sido separados del servicio de filas generales de valía y patriotas y los pocos que habían quedado poseedores de altas virtudes militares: unos habían sucumbido en los combates, otros habían sido heridos y los que subsistieron hasta los últimos momentos, tomando parte en nuestros arrestos bélicos, quedaron prisioneros en poder de los invasores.

En la defensa de Chapultepec, murió defendiendo a su patria y el honor del Ejército: el subteniente Juan de la Barrera, heroicamente, en el hornabeque construido en la calzada de la Condesa y sobre el que pudieron pasar las tropas del general Smith, cuando la fortificación había sido arrasada por el fuego de la batería establecida a la salida de Tacubaya y cuando habían sucumbido todos sus defensores.

Destinado el general Monterde para fortificar el bosque y sus alrededores, con una actividad y un patriotismo de que desgraciadamente carecían muchos de nuestros militares, planeó y construyó algunas fortificaciones y entre otras, un hornabeque (dos medios baluartes trabados con una cortina) poco más hacia México, del lugar donde se unen la calzada que va a Tacubaya (antes de la Condesa) y la que parte del frente, a la entrada del bosque.

El general Quitman había establecido su cuartel general en la Hacienda de la Condesa, y a unos cien metros hacia México, la batería atacante del hornabeque. Una colmena a las órdenes del general Smith, se desvió hacia el Oriente entre los maizales, para venir a atacar el hornabeque. Destruído éste y muertos sus defensores, la artillería cambió de posición para bombardear el Castillo, viniendo a colocarse muy cerca de la glorieta de la antigua fuente.

Fue el general Monterde quien llevó a su lado al novel subteniente, el que le fue conocido siendo alumno, y en ese hornabeque, que cubría la calzada de la Condesa, lo encontraron el 13 de septiembre, el bombardeo de la batería colocada a la salida de Tacubaya y los proyectiles de la columna de ataque.

Ahí murió pleno de honor el subteniente Juan de la Barrera, quien con su sacrificio heroico, elogiosamente citado en 1848, por el merecidamente nombrado otra vez director, general Monterde, dio consagración de nombre a esa calzada que va a Tacubaya, antes limitada por frondosa arboleda y ahora (en 1930) patente exhibición de la incuria nuestra y de la aver-

sión criminal que muchos de nuestros conterráneos sienten por el árbol.

No se logró poner ahí alguna placa alusiva, no quedan ya vestigios en ese lugar del acueducto, ni del arco chato que cerraba la calzada; pero queda algo muy grande, algo inmortal: el hecho heroico del subteniente Juan de la Barrera, muy digno de ser conmemorado, dando su nombre a esa calzada, antes que se importe algún nombre extranjero o la inconsciencia nuestra le asigne el de algún mexicano sin mérito alguno ante la patria.

Juan de la Barrera, cuando se sacrificó en aras de la Patria, ya no era alumno del Colegio Militar; había ascendido a subteniente unos meses antes y pertenecía al Cuerpo de Zapadores.

El pundonoroso, patriota y bravo capitán Domingo Alvarado, recibió orden del general Bravo para que los alumnos bajaran a defender la puerta, que cubrió el Batallón de San Blas hasta que la mayoría de sus soldados y su coronel Xicoténcatl caían como los buenos con catorce heridas y envuelto en la bandera de su Batallón.

El capitán Alvarado cumplimentó la orden del general Bravo, cuando los alumnos se encontraban entre dos fuegos. Por eso, Escutia, Suárez y Montes de Oca murieron sobre el cerro; pero Romero, Mellado y Pérez de León fueron heridos lejos de ese punto. Melgar fue el que siempre permaneció en el mirador y allí, los americanos enardecidos por los certeros tiros del cadete que abatieron a varios invasores, lo siguieron hasta la pieza inmediata y a quemarropa lo hirieron con arma de fuego, en un brazo y en una pierna y con bayonetazos en los costados.

Los alumnos quedaron prisioneros en lo que se llamó "Jardín Botánico" y de allí fueron conducidos a la biblioteca. De la Peza, Sola y Miramón lograron ver a Melgar y allí lo encontraron todavía con vida, pues ya le habían sido amputados un brazo y una pierna, y vino a morir hasta la medianoche del mismo día.

Como ya se dice en otra parte de estos apuntamientos, el alumno Vicente Suárez, que estaba apostado en otra pieza del mirador que veía al Norte, frente a Anzures, murió allí mismo en su puesto, con honor y con hombría.

Además de los alumnos muertos en defensa de la Patria, la historia justiciera cataloga como héroes a los siguientes que

dispararon hasta el último cartucho contra los invasores de la Patria:

Heridos

Alumnos Andrés Mellado, Hilario Pérez de León y Agustín Romero.

Prisioneros

Plana Mayor: General coronel José Mariano Monterde; capitán profesor Francisco Jiménez; tenientes Manuel Alemán, Agustín Díaz y Fernando Poucel; subtenientes Ignacio de la Peza, Amado Camacho, Luis G. Banuet y Miguel Poucel, y dispensero, Eusebio Llantadas.

1a. compañía: Capitán Domingo Alvarado; teniente Juan Espinosa y Agustín de la Peza; cabo José T. de Cuéllar; tambor Simón Álvarez; alumnos Francisco Molina, Mariano Covarrubias, Bartolomé Díaz de León, Ignacio Molina, Antonio Sierra, Justino García, Lorenzo Pérez Castro, Agustín Camarena, Ignacio Ortiz, Manuel Ramírez de Arellano, Carlos Bejarano, Isidro Hernández, Esteban Zamora, Santiago Hernández, Ignacio Burgoa, Ramón Rodríguez Arrangoity.

2a. Compañía: Teniente Joaquín Arguez; sargento 2o. Teófilo Noris; corneta Antonio Rodríguez; alumnos Joaquín Moreno, Pablo Benuet, Ignacio Valle, Francisco Lazo, Antonio Sola, Sebastián Trejo, Luis Delgado, Ruperto Pérez de León, Cástulo García, Feliciano Contreras, Francisco Morelos, Miguel Miramón, Gabino Montes de Oca, Luciano Becerra, Adolfo Uda, Manuel Díaz, Francisco Morel, Vicente Herrera, Onofre Capelo, Magdalena Ita y Emilio Laurent.

Los alumnos héroes

En la lista de héroes, pasan revista como presentes, además del subteniente Juan de la Barrera, de diecinueve años, Agustín Melgar, de dieciocho; Fernando Montes de Oca, de diecisiete y de diecisiete años también Juan Escutia y Vicente Suárez, y de quince Francisco Márquez. La fe de bautizo de Vicente Suárez existe en la Parroquia de la Candelaria de la antigua ciudad de Tacubaya, quien nació en la casa número 2 de la Calle de la Santísima y fue hijo legítimo de don Juan José Suárez y de María Bárbara Hernández, habiendo sido

su madrina Gertrudis María Flores, de Santa Fe, en el Molino de Belén. Se anota como fecha de su nacimiento el día 6 de mayo de 1830.

El joven Vicente Suárez era el alumno que estaba en el vigía, y Escutia el centinela, los dos que incommovibles, vigilaban todos los movimientos de la columna invasora; recibían los anuncios del ascenso de las tropas americanas y sin inmutarse rendían continuados informes. Allí estaba ya en el Mirador del Castillo el valientísimo Melgar, el joven de alma grande y de patriotismo inmenso, que es latigazo de concluyente contraposición ante la conducta de tanto desvergonzado cubierto de galones y frente a la pasividad, que entraña una responsabilidad máxima, de la falta de patriotismo de aquellos diez millones de habitantes, que nada supieron hacer, ni nada supieron exigir, para que los perversos militares de entonces hubieran cumplido con su deber.

Es más grande la actitud militar de aquellos jóvenes alumnos, si se toma en cuenta el medio en que se educaban y la pervertida enseñanza que se les mostraba. La actitud y el ejemplo del Ejército no podían ser más perniciosos. En los mismos momentos en que las columnas invasoras avanzaban hacia el centro del país, los alumnos supieron de una rebelión de tropas, que en vez de cumplir con las órdenes superiores y de continuar su marcha para combatir a los norteamericanos, volvían sus armas contra el gobierno para derrocarlo y presenciaron el hecho bochornoso y profundamente amoral de que en la misma Capital de la República, en el desfile de los Polkos y al que se agregaron de orden suprema restos de fracciones constituidas integradas por gloriosos soldados que habían combatido en Monterrey y en La Angostura; todos los aplausos fueron prodigados y todas las flores arrojadas para los cuerpos que se habían rebelado en México, a los núcleos de derrocadores de gobiernos y ni un aplauso y ninguna flor para los patriotas abnegados que formaron la división del Norte.

Melgar es el prototipo del patriota y del mexicano leal y valiente. Se había separado del Colegio, quizás porque no creía tener vocación para la carrera y quizás lo hicieron tomar tal resolución los acontecimientos que entonces enseñaban que para ser oficial era innecesario hacer estudios, ni tener aptitudes para la profesión. En México bastaba ingresar al Ejército y saber quedar del lado del triunfador en las revoluciones o en las rebeliones armadas contra el gobierno establecido. Y por

ese medio, el único y el mejor prácticamente, se conseguían continuados ascensos y se escalaban hasta los mandos de mayor importancia.

El alumno Melgar se nos presenta como un ser muy superior, dentro de la más estricta apreciación militar. Sin obligación legal alguna, cuando supo que los americanos atacaban el Molino del Rey, se presentó al Colegio, pidió y se le concedió que estuviera al lado de los que fueron sus compañeros, se le proporcionó uniforme, arma y municiones, y el día del asalto al Castillo, el 13 de septiembre memorable, muere heroicamente, como los que habían sido sus compañeros de Colegio y quienes lo graduaron alumno en los momentos más solemnes, aquellos en que el deber señala que deben morir defendiendo a su patria.

Los jóvenes alumnos no iban a seguir ejemplo alguno de nuestros generales: Nada les había enseñado Padierna, como no fuera la incompetencia militar, la falta de disciplina y la carencia absoluta de patriotismo, nada podían secundar de la actitud de la Caballería en el Molino del Rey. Los jóvenes alumnos, desde días anteriores al asalto al Castillo, sólo sabían de lecciones de tácticas erróneas y disparatadas. Los militares conscientes no creían en el asalto a Chapultepec porque era innecesario. Al fin el general Scott había resuelto el ataque al cerro, sin oír las opiniones contrarias de sus principales oficiales y arrojando en montón, para no tomarlos en cuenta, los consejos de la estrategia.

En el Valle de México la lección objetiva mostrada a los que se educaban para oficiales, no supo desarrollar otras enseñanzas que las negativas que correspondían a las improvisaciones en todos los órdenes.